

6-14
76
86
D. Lopez
L. V.



(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1913.

Cuando os hablé, lectores, del estilo del gran José Martí, el cubano, y de su lenguaje de tan poca ortodoxia gramatical española, os hablaba de las «apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América» del colombiano Rufino José Cuervo, obra ya clásica en la ciencia lingüística española y que es uno de los más ricos, más seguros y más doctos repertorios de noticias referentes a nuestro común idioma. Por la seguridad y extensión de la erudición pocos libros de su género, si es que alguno, le igualan. Y, sin embargo, no sabe uno por qué y aun sin conocer, como no conozco, otras opiniones de R. J. Cuervo, se adivina un reaccionario. Un preceptista de gramática lo es casi siempre.

El P. Antonio Astrain, S. J. en su «Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España» (tomo I, lib. I, cap. IV) nos dice de Frigo—luego Ignacio—de Loyola que «cometiéronle el demonio con una tentación muy original y fué que apenas tomaba la gramática en la mano, le sobrevénia tal golpe de pensamientos espirituales, de ideas devotas, de dulzura y suavidad interior, que se olvidaba por completo del estudio». ¡Lo listo que es el Demonio! ¡Y lo bien que sabe que si con pensamientos espirituales, ideas devotas, dulzura y suavidad interior se le puede a un alma incauta arrastrarla, por derrumbaderos místicos, a la herejía y hasta a la incredulidad, no hay como el estudio de la gramática para mantenerla en la más severa ortodoxia! Ortodoxia y ortología son dos cosas hermanas.

En 1563, según el mismo P. Astrain en la citada obra, nos cuenta, a propósito de unos que de la Compañía se pasaron a otras Ordenes, el P. Olea, jesuita, decía: «Ocho han ya entrado en religión, cuatro en Santo Domingo, tres en el Carmen y uno en San Francisco, de los cuales están sus superiores tan satisfechos que uno de ellos, viéndolos tan bien instruidos, así en letras como en virtud, dijo a sus frailes: «Padres, dejemos de leer teología y predicar y démoslos a leer gramática, porque pienso haremos más provecho por esta vía, que es tomar la instrucción de las cimas de fundamento, como hacen los Padres de la Compañía». «Pero éstos, los Padres de la Compañía de Jesús, se quejaban del ministerio de enseñar gramática, por tan trabajoso, que a los que en él se ejercitan, por el mismo caso para que perseveren no sólo no les han de hacer guardar la perfección, más es menester llevarlos en palmas con mucho regalo» (tomo II, lib. III, capítulo IX). ¡Y que podían decirlo! Porque os aseguro, lectores, bajo mi experiencia de más de treinta y dos años de enseñanza—latina, griega y española, según las épocas—que nada hay tan trabajoso como explicar gramática. Sobre todo cuando se tiene el espíritu dogmático.

Cierto es que la gramática histórica no es la preceptiva y que no es lo mismo explicar porque las gentes hablan como hablan, paréceles bien o mal a las preceptivas, que sentar preceptos más o menos académicos, pero aun así...

Rufino José Cuervo fué mucho más que un preceptista de gramática académica. Fué un sagacísimo escudriñador de los idiotismos populares y supo valerse, como pocos, de la ley de la analogía y de la de contaminación para descubrir el origen de no pocos vocablos. Y halló los antecedentes españoles a formas usadas en su patria, Colombia, y en otras naciones americanas. R. J. Cuervo sabía muy bien que de cada cien veces que un hispano-americano dice: «como

decimos por acá...» las noventa, y aun más, se trata de un modismo viejo español y hasta en uso en una u otra región de España. Pero R. J. Cuervo debió de ser un ortodoxo en catolicismo y hasta lo que llamamos un reaccionario en política. Porque cuando aparece el preceptista...

Algunas veces parece acostarse a la opinión de los que creen que es mérito en versificación vencer dificultades que sólo se ponen para vencerlas, y se revuelte contra los que una vez dicen «cantaste» y otra «cantastes», según les conviene para aprovechar o no un hiato, en lo que hacen muy bien, y otras veces cosas parecidas.

En el párrafo 446 habla de «los escándalos el día que se escriba un tratado sobre las tribulaciones que aquejan a nuestra lengua». En el párrafo 458 dice: «De lo dicho resulta que este empleo de «donde» no es de las cosas que afrentan; no obstante... etc.» Otra vez, párrafo 459, dice de alguna regla que es de «punto de conciencia»: «Casi lágrimas nos ha costado este pecado» dice, párrafo 621, refiriéndose a que una traducción de Byron puso «dintel» en vez de «umbral». Otra vez habla de presentar ciertas faltas gramaticales «en toda su repugnante desnudez». Etc., etc. Se dirá que en todo esto hay una parte de humorismo y de ironía, y ciertamente que hay, pero no poca seriedad también.

Tratando de las transformaciones—él, Cuervo, escribe «transformaciones» porque en pocas cosas resplandece más que en la ortografía su ortodoxia académica—de la frase imprecatoria «mal haya» dice: «Este uso («conser» en un principio pura vulgaridad, va penetrando entre la gente culta; pero aun no está canonizado, que merezca los miramientos del gramático.» Aquí está el ortodoxo.

En el párrafo 458 escribe: «Los muchachos aborrecen y buyen del castigo» es frase del cultísimo Ribadeneira, y por desgracia, bárbara, si las hay, a juicio de los gramáticos modernos... Llama, como vemos, «cultísimo» a Ribadeneira, al P. Ribadeneira, jesuita, y secretario que fué de San Ignacio, y aquí se ve el concepto que Cuervo tenía de la cultura, concepto profundamente jesuítico, ya que el P. Ribadeneira es uno de los escritores españoles de mayor vulgaridad y hasta ramplonería de pensamiento, como les pasa en general a los jesuitas, que se las han amañado para decir en el lenguaje—que no estilo—más castizo, más correcto y más aliñado las más grandes vaciedades y las menos originales.

La cultura de Cuervo era, por lo demás, bastante extensa y segura aun en asuntos no filológicos, aunque a las veces... Por ejemplo, en el páf. 699, escribe: «Hombres andan por ahí que ignorantes de que el «histórico» es mal que sólo puede aquejar a las mujeres...» donde se dejó engañar de la etimología. Pero esto le ocurre rarísima vez. Adivínase, sin embargo, que las grandes inquietudes críticas del espíritu moderno no le atormentaron en exceso, si es que no las ahogó, como no pocas veces sucede en la erudición gramatical.

Fué R. J. Cuervo un erudito, pero un erudito discreto. En el prólogo a sus «Apuntaciones» defiende sobriamente y con las mejores razones, su erudición. Pero qué tendrá esto de la erudición que casi siempre tapa y esconde o a uno que es incapaz de encarar cara a cara los grandes y eternos problemas del espíritu o a uno que les tiene miedo, o a un impotente o a un cobarde?

Una vez y al dar cuenta de la acepción colombiana del verbo «federarse» deja asomar Cuervo sus opiniones políticas. Dice así en el pá-

rrafo 635: «A ser vocablo castellano el verbo «federarse», equivaldría a «confederarse», «ligarse», «unirse» y siendo esto así, ¿cómo sucede que lo tomemos por «separarse», «divorciarse» (esos casados se federaron)? La respuesta todos la saben; nuestros constitucioneros, ridículos cardatarios de los yanquis, apedazaron la nación para remedar después a esas gentes; pero el pueblo sólo vio el hecho principal, y dijo (si es que el pueblo puede hablar con latines): aquí no han hecho «e pluribus unum», sino «ex uno pluram», luego «federarse» no es «unirse», sino «dividirse». Aparte de que no es éste el concepto yanqui de federación, y basta recorrer los escritos de Alejandro Hamilton o de Madison y recordar la guerra de secesión en que venció el unitarismo, que es el verdadero federalismo, por esta vez me siento de acuerdo con Cuervo. Y es que cada vez me siento, por lo que a mi España hace, más «salvaje, inmundo y asqueroso unitario», más partidario de la federación que se viene fraguando desde los Reyes Católicos acá.

En uno de los Apéndices al prólogo escribe: «En Extremadura, en Soria, en Santander y en la misma Salamanca, forman casi todos la tercera persona de plural de pretéritos perfectos irregulares de indicativo, añadiendo una «n» a la tercera persona del singular, diciendo «hubon», «estávons», «súpon», «dijon», «trájon», o «trújon», «vinon» y «quison». ¡En la misma Salamanca! En la «emissar»? Pues claro! O es que se creía Cuervo que aquí, en Salamanca, es la Universidad la que enseña a hablar al pueblo? Afortunadamente no es así. Y eso que aun falta mucho para que el pueblo le enseñe a hablar a la Universidad, que es lo que debería ser. El pueblo, por lo demás, conserva aquí, en su castellano actual, no pocas voces y giros del antiguo dialecto leonés. En la provincia misma se marca la línea entre el dominio del castellano propiamente dicho y el del leonés. Mientras en aquél dicen, v. gr., que el pan está «ludo» en éste dicen que está «yeldo».

Aunque Cuervo se ve bien que era un reaccionario, poseía ciencia, verdadera ciencia lingüística, lo que le distingue de un Antonio de Valbuena (a) Miguel de Escalada, por ejemplo, que siendo tan reaccionario o más que aquél era, no pasa de un eclesiástico práctico profundamente ignorante de verdadera ciencia del lenguaje, lleno de prejuicios y de errores de hecho, testarudo en sostener los desatinos que una vez suelta—ahora se le antoja, v. gr., que lo corriente en España es decir «estrapajo» y no «estropajo»—y groserísimo en su manera de atacar. Ha denunciado y puesto de manifiesto no pocos disparates de nuestra Real Academia de la Lengua, lo que no tiene gran mérito, pero al denunciarlos y ponerlos de manifiesto ha soltado él otros no menores, sobre todo cuando se ha tratado de etimologías, en lo que anda tan a pechos como la Academia misma.

Y bien, estos hombres hacen lenguaje? No; ni le hacen ni le conservan siquiera. El lenguaje, no le hacen sino los que lo deshacen cuando es menester. La lengua para ser viva ha de ser una creación continua. La ortología es a la lengua lo que la ortodoxia es a la religión: Su muerte. Una religión no vive sino merced a sus herejías, a la heterodoxia y una lengua no vive sino gracias a la heterología. Y hasta la heterología ayuda a un idioma a sacudir de las ligaduras que la ortografía le pone.

Pero como se tropieza con el resistente de la imprenta—es cuestión directa—rara vez se logra un manuscrito, como no lo corria el mismo, salga tal y como uno lo escribió, a veces heterográficamente.

UNIVERSIDAD AMANCA
EDICIÓN